

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

**ENRIQUE CAMPOS
MENENDEZ**

AGRI · 211 · AMIGOS DEL LIBRO

1040

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Tusina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips
Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1980

N° 3927

¿Quién soy?

SEÑORAS Y SEÑORES:

Creo que hay en el mundo que nos rodea pensamientos, hechos, cosas y hombres más interesantes que yo. Sin embargo debo pensar, que si todos asumiéramos una actitud de falsa modestia, poco sabríamos del mundo interior de las personas... Por otra parte, quien tiene la audacia de hablar en voz alta y, especialmente, de escribir para el público, tiene también la obligación de darse a conocer tal cual es. Como decía Alfredo de Vigny, cuando se habla de uno mismo, la mejor musa es la franqueza.

Consecuente con la tradición de estas autopresentaciones intituladas “¿Quién es quién en las letras chilenas?”, creadas y auspiciadas con muy buen acuerdo, por la Agrupación Amigos del Libro que preside el escritor y folclorólogo Oreste Plath, me referiré, primero, a ciertos aspectos de mi niñez y formación intelectual, para proseguir luego con una reseña de mi labor literaria en los primeros sesenta y cinco años de mi vida.

Nací en Punta Arenas el 12 de agosto de 1914... La fecha nos coloca dentro de un período histórico: "los hombres somos todos de nuestro tiempo..."

El lugar geográfico tiene mucha significación porque el lapso que nos toca vivir está intervenido por el medio físico y cultural en que nacimos y nos criamos.

En Magallanes, la naturaleza tiene características agresivas: una grandiosidad que escapa a la medida humana; una geografía acumulada en magnos elementos: pampas, bosques, canal, montaña, ventisquero, río, mar... y la presencia inclemente, variable y poderosa del clima; con fríos penetrantes, lluvias inesperadas, brumas espesas, copiosas nevadas; claridades y oscuridades que alargan o acortan desmesuradamente los días... ¡y el viento! El viento es quizás de todos los elementos magallánicos el que condiciona más la relación del hombre con la naturaleza.

La capital de ese mundo extremo está en la línea demarcatoria de dos grandiosas presencias. Hacia un lado el Atlántico impone su clima; hacia el otro, lo manda el Pacífico. Ambos océanos tienen su sello, su carácter: uno es el padre del viento, el otro lo es de la lluvia. Hacia el oriente la extensión desértica, esteparia; hacia el poniente, la boscosa y turbal. Mas este confín planetario que se disputan ambos colosos está sumido en la misma soledad.

El hombre se ha defendido de esta infinitud enlazando rumbos por la mar, abriendo sendas en los bosques y achicando la pampa mediante un tejido de alam-

bre que reduce sus límites a la posibilidad de dominar sus extensiones desde el lomo de un caballo.

Contra el viento, contra el frío, la distancia y la soledad, el magallánico marcha envuelto en su poncho de silencio: tenacidad, esfuerzo, fe en sí mismo, lo convierten en el rey de los confines y en dueño de su destino.

A orillas del Estrecho, que junta los dos grandes océanos, en medio de esta desolada geografía, se deja caer blandamente desde los cerros de la península de Brunswick, el policromo damero de la capital de la soledad, el límite de los climas; confín donde España sembró su primera palabra, donde la Fe levantó su última Cruz y donde la Patria extendió para siempre la majestad de su bandera: la ciudad más austral del mundo, Punta Arenas.

En los años de mis primeros recuerdos, sus calles eran anchas y empedradas, altos postes enhebraban el pentagrama de los alambres de la luz y del teléfono en los que el arco del viento ensayaba sus violines; sus coloridas y pulcras casas de madera con techos rojos, anidaban en torno al fogón a la familia magallánica, cuya presencia vital se rubricaba en el cielo con el despeinado penacho de los humos hogareños.

Punta Arenas tenía veinte mil almas; empaques de ciudad grande; con iglesias, teatros, avenidas, palacios y monumentos; muelles laboriosos alargados en las furias del Estrecho; un tren carbonero que entre vapores y campanas avanzaba a paso de hombre por la Avenida Colón; vitrinas comerciales que eran un muestrario abigarrado de los productos del mundo; jardines con ten-

tativas de árboles defendidos por cortavientos; y aquel kiosco de vitrales en la plaza Muñoz Gamero, donde el vendaval amaestrado por la banda de la milicia salía disfrazado de música...

Mi inquietud de niño me impulsaba a trepar a las torres de mi pueblo. La primera cuyo altor recuerdo es la de mi casa. Hasta allí era costumbre que subiera la solemne personalidad del abuelo, para comprobar con ojo certero la llegada de alguno de los barcos que anunciaban en el horizonte la lana de San Gregorio, las maderas del Almirantazgo, los corderos de Tierra del Fuego, los cueros de lobos del Beagle o las mercaderías de Valparaíso, Montevideo y Liverpool.

Eran simbólicas estas subidas de don José Menéndez a la torre. En ese mismo pueblo, allá por el año 1877, apenas instalado en una modesta vivienda de madera, adjunto a la cual tenía su almacén de ramos generales, su casa fue devastada en su ausencia por las hordas del Motín de los Artilleros. Su mujer, mi abuela María, herida de un balazo se refugió en el bosque y el doctor Fenton tuvo que amputarle una pierna.

Sobre las ruinas el abuelo reedificó con mayor fe y más tarde mandó traer un cargamento de ladrillos desde Montevideo para erigir esa mansión sobre la cual aún se yergue el alto mirador. Desde allí, y desde la altura de su pasada setentena, veía imaginativamente cómo los horizontes de Magallanes, Tierra del Fuego y la Patagonia se poblaban gracias al esfuerzo de cuarenta años de apasionada labor, en los que lograra junto con otros visionarios pioneros el milagro de trans-

formar esas silvestres latitudes en una avanzada de progreso.

Con el tiempo estas ascensiones fueron haciéndose cada vez más fatigosas para el esforzado corazón de don José. Reemplazando su impaciencia, el pequeño nieto, a la menor vibración de la atmósfera que pudiera ser pito, sirena o campana, subía los setenta y siete peldaños de la torre.

En aquel entonces el Estrecho de Magallanes era surcado por barcos de todas las banderas. La bahía, hoy casi desierta, estaba poblada de grandes vapores de pasajeros y de carga, y de "caponeros" que venían en busca de la carne de los frigoríficos; de pontones que hacían de almacenes flotantes, de remolcadores, goletas, cúteres, lanchones cargueros... No era fácil distinguir sin una mirada experta, a cada una de las embarcaciones.

La gracia del nieto era saber anticipar con precisión el nombre y el rumbo de cada humo que surgía en el horizonte. Así recibí de la mano generosa del abuelo mi primer peso fuerte de ocho peniques y setenta y siete escalones.

Limitado por otras dos torres estaba el Colegio "San José". Una, la de la Iglesia, cerrada, esbelta como una aguja, desde cuyo cuádruple reloj iluminado brotaban las campanadas de las horas y las medias, caía un doblar apesadumbrado o se desbordaba por el aire el alegre repique de los domingos.

La otra torre, cuadrada y abierta, recibía como un embudo las lluvias, las nieves y vientos de las tormentas.

los fríos y soles de las noches y los días. Sus medidas bajaban como por un alambique, para destilarse en la pluma del padre Re, quien con santa paciencia y prolija caligrafía, registraba la caprichosa conducta del clima más endiablado del orbe y arriesgaba el oráculo por el cual habrían de guiarse navegantes y hortelanos.

Al bajar del Observatorio se pasaba frente a una puerta que escondía el prodigio. Sólo la podíamos franquear en el caso de tener buenas notas. ¿Qué guardaba allí la celosa vigilancia de don Benove? ¡Un mundo encantado! Un jardín zoológico inmóvil, donde cóndores, caranchos, alcatraces y cormoranes planeaban un vuelo estático. Donde los esquivos ñandúes y guanacos se dejaban dócilmente acariciar; donde focas de piel fina, rosados flamencos, cisnes de cuello negro y elegantes pingüinos hacían vida de salón... En vitrinas se ofrecían un fondo de mar que, entre líquenes y algas, lucía constelaciones de estrellas, erizos y caracolas... y, en otras, se tendía un minúsculo aeródromo de posadas formaciones de abejorros, libélulas y mariposas.

Sin embargo, en todo ese mundo alucinante que la sabia paciencia de los salesianos había atrapado en el inmenso territorio, lo que me hacía mayor impresión eran dos maniqués que representaban a una pareja de onas cubiertos con sus quil'angos.

¡Cosa curiosa! Los niños parecíamos dejar en la puerta todo nuestro ánimo de travesuras... Jugar no es otra cosa que vivir una fantasía y allí en ese museo, se nos ofrecía embalsamada...

Pero, ¿esos indios?...

De todas estas impresiones quedaron en mi espíritu, reafirmando los primeros valores recibidos en mi hogar, una profunda fe y una inquietud de saber.

El recuerdo me viene de mi extrema infancia.

Por aquel entonces visitaba asiduamente nuestra casa una singular mujer que orientaba en sus clases a mi hermana María. En su figura había algo que me producía admiración.

Parecía altísima, enfundada en una larga saya oscura, con la gravedad de esos santos que entre nimbos se elevan en los altares. Su pelo era negro y en su rostro cobrizo se abrían unos ojos llenos de luz interior. Andaba muy derecha y su voz templada decía unas palabras que me sonaban a música...

Un día vino a despedirse: se iba de Punta Arenas.

Me atreví a mirarla a lo a'to mientras mi madre auguraba:

—“Te sentirás orgulloso de haberla conocido”.

Y esa imagen que parecía cortada en madera, lentamente se agachó, estiró sus largas manos y me acarició el rostro ardiente...

Pasaron los años y en muchas ocasiones tuve la suerte de encontrarme, en diversas partes del mundo, con esa mujer “con nombre de ángel y apellido de viento”. Me llamaba Menéndez, para recordar a mi madre y aquella “desolación” desde la cual se enlazó para siempre con la fama.

Y aún siento un escalofrío en el espíritu cuando evoco a Gabriela Mistral a través de esos versos que

escribiese allí por la época de mis recuerdos: "Mientras baja la nieve" ...

"Déjala que en la frente te diluya su pluma
y te prenda su flor
¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hombres
de parte del Señor!".

No hay duda que una de las vertientes de mis sentimientos que más influyera en mi formación, fue mi madre.

Un escritor español, en el libro llamado "Chile a la Vista", escribió un bello artículo sobre ella, que llamó "María Menéndez tiene un jardín". Es verdad que mi madre realizó el prodigio de bordar con flores el paño de una finca en la ladera del Estrecho. Mas la intención de Eduardo Blanco-Amor, al titular su homenaje, fue la de iluminar su silueta con la belleza alegre de un vergel.

Tía María, como en sus cien venerados años la conocían en mi pueblo, fue siempre la gracia hecha mujer.

En medio de esas durezas y soledades, en la lucha contra el desamparo, hubo muchos que se educaron, hicieron fortuna, se superaron; pero, también hubo algunos que no pudieron contra tan duros adversarios y quedaron expuestos a la intemperie de la pobreza, el raquitismo, la ignorancia; y María Menéndez desgajaba el jardín de su alma para prodigar sus afanes en "La Gota de Leche", o en el Asilo de Miraflores, o

como voluntaria de la Cruz Roja o enseñando a leer a los niños. Así iba y venía incesantemente, entraba y salía, pasando de uno a otro quehacer. Ella me enseñó con su vivo ejemplo que cada instante está lleno de tiempo para hacer el bien y que el amor es lo único que se debe derrochar en la vida.

Una mujer de su sensibilidad, que amaba a sus semejantes, que se confundía con las flores y que creía en las bondades de Dios, tenía que ser poetisa... Así me enseñó a rezar:

“Oye, Señor, y perdona mi osadía
si hasta Ti quiere llegar mi pobre acento,
no tiene arte, inspiración ni melodía,
nace sólo de la Fe, del amor y el sentimiento...
... La pobre ofrenda de mi lámpara encendida
toda la noche muda tu favor invoca;
pido por tanto, Señor, que hasta dormida
un murmullo de oración tiembla en mi boca”.

En los recreos del Colegio “San José” no había niños inactivos. En el amplio patio, con sol, con lluvia o con viento ¡y con todos a la vez! nuestros maestros arremangaban las sotanas y nos animaban a organizar movidos juegos.

Cuando sonaba la campana se apagaba el vocerío y en silencio formábamos la fila para entrar a clase. Cada aula era como un nido. Las ventanas cerradas y una enrojecida estufa a leña y carbón nos mantenía el calor ganado por el ejercicio en el recreo.

Tengo muy hondas razones para evocar con cariño a ese Colegio hoy reducido a pavesas, y a esos pacientes sacerdotes salesianos que me enseñaron mis primeras letras.

Sin embargo, es a un chileno moreno y caurro, una especie de huaso con sotana, el padre Juan Bautista Torres, a quien más debo y recuerdo. Fue él quien me enseñó las bases, estructuras y normas de nuestra lengua y me inculcó el afán de perfección en el ejercicio del castellano.

El padre Torres nos enseñó el uso correcto de las conjugaciones verbales, la majestad del sustantivo, las asechanzas del adjetivo y las reglas y secretos de la sintaxis. El se daba maña para transformar esas lecciones áridas y cansadoras en un juego al que los alumnos nos entregábamos con deleite. Así pasamos de las primeras pruebas del dictado a las composiciones libres y, por último, ya nos atrevíamos con algunos alardes literarios y poéticos.

Al igual que yo, la mayoría de los escritores magallánicos deben al padre Juan Bautista Torres la base de su estilo y el primer y definitivo estímulo a su vocación.

Por esos años paseaban sus inquietudes y sus indóviles fantasías en los diversos cursos del colegio, algunos muchachos que con el andar del tiempo han logrado destacarse más allá de los límites de la literatura regional, alcanzando palmas académicas, premios nacionales y municipales y el apaluso de la crítica chilena y extranjera.

Entre ellos recuerdo a Francisco Coloane, a Esteban Yaksic, Wilfredo Mayorga, Roque Esteban Scarpa, José Grimaldi... En mi propio curso a Simón Stancic, a Ismael Huerta Díaz, a los hermanos Mihovilovic... y a tantos otros que alcanzaron altos cargos o se distinguieron en nobles profesiones... La mayoría prosperó en la vida. Otros sólo viven en el recuerdo.

Lo notable es que en este Colegio surgió una generación de escritores de gran trascendencia.

Mis reminiscencias me han acercado a una de las figuras claves de mi existencia de hombre y de mi vocación de escritor: mi padre.

Don Francisco, como todo Punta Arenas lo llamaba, no tenía necesidad de exhibir ejecutorias para demostrar quién era. Recto y afable; exigente para consigo y comprensivo para los demás; ordenado y generoso a la vez, disimulaba su talento con fino humor y su importancia con una elegante simplicidad.

Por la sangre y el espíritu de mi padre corría el flujo radiante y noble de Andalucía. Muchas veces en la confianza, frente al telúrico y helado paisaje magallánico, su palabra crepitaba con imágenes de su lejano hogar malagueño. Ante mi asombro de niño, me hablaba de su padre, el Marqués de Iznate, en cuyos salones se reunían inspirados poetas y pintores; políticos famosos e ilustres prelados; de aquellas fiestas del espíritu en selectos ateneos y aquellas alegrías populares desbordadas en el donaire de las verbenas.

Así conocí realizada con pátina de tradición, la historia viva de la España vieja. De sus labios aprendí

a admirar los milagros de luz y sombra, que decoran con su dramática belleza plástica el alma de España. Allí en el salón de la casa solariega de Punta Arenas, como testimonio de estas evocaciones, había tallas y lienzos de artistas ibéricos. Ese cuadro, por ejemplo, de unos ánades al borde de una alberca —me contaba mi padre—, se debía a la mano de Ruiz Blasco, el Director de Bellas Artes de Málaga... Pero esa obra, —traída por él al confín del mundo—, por un sortilegio del destino, escondía entre sus trazos el contrabando del genio.

Al pintar Ruiz Blasco esa tela había dejado como una humorada que su pequeño hijo ensayara la mano con algunas pinceladas de su precoz vocación... Ese niño era Pablo Picasso.

Fue mi padre quien me enseñó a leer en buen castellano. De sus manos recibí mis primeros libros, en los que se alternaban con matizado deleite, las aventuras de Salgari, con las del Lazarillo de Tormes, o las futurologías de Julio Verne con las antañonas proezas del Mío Cid.

Un día puso ante mí un enorme volumen de orladas tapas de cuero: El Quijote. Mis ojos se encantaron con las fantasmagóricas ilustraciones de Gustavo Doré. Debo confesar que la admiración que ahora siento por Cervantes, primero la sentí por aquel famoso ilustrador que me abría los caminos de La Mancha, animados por la visión quimérica de Alonso Quijano.

Durante toda mi vida fue don Francisco quien más me animó en mi vocación. En los primeros años, guián-

dome en mis lecturas y ayudándome en mis estudios; más tarde, poniéndome en relación estrecha, gracias a su íntima amistad, con escritores de renombre. Así pude dialogar con aquel novelista que escribiese sus primeras páginas en Tierra del Fuego, Bartolomé Soler; con Ramiro de Maeztu, el austero creador de La Hispanidad; con don Ramón Pérez de Ayala, el cáustico buril de la generación del 98; con Ricardo Baeza, fiel traductor de Oscar Wilde y Bernard Shaw.

Mi padre fue también quien me enseñó a amar a España y a Chile; quien me hizo sentirme orgulloso de la nobleza de la vieja estirpe y al mismo tiempo de ser igual a todos en una Patria nueva que se ennoblece gracias a la igualdad de todos.

He traído hasta aquí vivencias de mi tierra; de mi pueblo, de mi colegio, de mi casa; de mis maestros y mentores; de mis amigos, de mi familia, de mis padres. Y me he detenido en la evocación de esas estampas porque en cada una de ellas alienta la presencia de un espíritu tutelar que amparó mi destino de escritor.

Todos esos elementos y magnitudes; esas memorias y enseñanzas; esos afectos, esas creencias, han sido el poderoso y cordial influjo que animó mi incipiente vocación.

Mi primera manifestación literaria —aparte de los ejercicios exigidos por la enseñanza humanística— revistió la forma epistolar. Poco después del bachillerato, uno de mis tíos me invitó a acompañarlo en un viaje alrededor del mundo. Fascinado por el misterio y la profunda espiritualidad de culturas exóticas, desde cada

puerto de la larga travesía, escribí a mis padres contándoles de mis asombros. Emocionada sorpresa tuve cuando, a mi regreso a Punta Arenas, mi padre me entregó una colección de artículos publicados en un semanario local en los que aparecían en letra de molde mis impresiones de joven y maravillado viajero.

Tiempo después, en 1938, fui designado Adicto Civil y luego Tercer Secretario de nuestra Embajada en Buenos Aires.

Por entonces escribí —quizás movido por la evocación de aquellos maniqués de indios onas que tanto inquietaran mi emoción de niño en el museo salesiano— una serie de cuentos que formaron mi primer libro “Kupen”.

Más adelante, alentado por mi primo, amigo y colega Armando Braun Menéndez, empecé a colaborar activamente en EMECE que, con el andar del tiempo, se transformó en una de las más importantes editoras de nuestro idioma.

Allí tuve la suerte de alternar con escritores argentinos, chilenos, españoles... Entre éstos últimos quiero hacer un recuerdo muy especial de Eduardo Blanco-Amor, poeta, novelista, ensayista y orador, maestro del idioma, quien con generosidad, durante años, me enriqueció con su saber y estimuló con su consejo.

A pesar de esta situación de privilegio, una profunda inquietud comenzaba a dominarme. Pese a que a través de mi cargo en la Embajada mantenía una permanente vinculación con Chile, empezó a manifestarse en mí una nostálgica hambre de patria.

Puedo decir con orgullo que, además de lo que afirma mi partida de nacimiento, soy un chileno vocacional. En 1948 me vine a Santiago con camas y petacas. Y comencé una vida nueva en mi propio país.

Apoyados en la idea de los famosos versos de Machado, descubriremos por el camino, cual ha sido mi andar en materia literaria. Desde esa perspectiva, observo que mi vocación intelectual se ha reafirmado en los más diversos campos de las actividades relacionadas de algún modo con la palabra hablada y escrita. No es raro así, que haya sido dueño de una imprenta, editor y director de varias revistas; creador de una editorial y ejecutivo de la misma y hasta fundador de una importante industria papelera. Por otro lado, también he tenido actuaciones en los medios radiales, como comentarista y libretista, y siempre guiado de la misma inquietud, he animado programas de televisión, como fue el caso que ustedes seguramente recordarán, de aquel famoso programa "A esta hora se improvisa". Durante los dos años en que actuara en él, se transformó en una especie de parlamento abierto, donde además de nuestra participación activa, se contaba con la de la audiencia de todo el país. Allí, frente a cientos de miles de telespectadores, cada uno de acuerdo a su posición, tenía que mostrarse tal cual era, para merecer si no la aceptación, al menos el respeto de la teleaudiencia. Creo que esa apasionante experiencia, me sirvió para aprender a respetar la opinión ajena y asumir la plena responsabilidad de la propia.

El cine me atrapó también con su magia. Podría

decir, parafraseando la satírica frase de Oscar Wilde, que mi experiencia en ese campo, no fue otra cosa que la confirmación de varios y rotundos fracasos. Sin embargo, conservo de esas aventuras desventuradas un magnífico y risueño recuerdo. Con Alfonso Naranjo Urrutia, produjimos una película titulada "Recordando", acertada antología de lo poco que conservaban los depósitos de Chile Films y algunos cineastas de la época dorada del cine mudo chileno. No era mucho lo que restaba, pues aunque parezca increíble, la mayor parte de las películas chilenas de aquel entonces, sirvieron de materia prima ¡para las fábricas de peinetas! Gracias a "Recordando", se salvó un patrimonio cultural que constituye uno de los testimonios más valiosos de una época que aún no ha recogido la historia.

Fue por entonces que con un grupo de cinematografistas que trabajaban en el Instituto Fílmico de la Universidad Católica, formamos la sociedad productora de películas de corto metraje "Cineam". Poco después, se decidió la compra de EMELCO, lo que significó una participación más activa en la filmación de documentales y noticiarios. Además, siempre tentado con la idea de producir cine argumental, impulsé la producción de "Largo Viaje", de Patricio Kaulen, que fuera laureada en el Festival de Karlovi Vari, en Checoslovaquia. Todo parecía sonreír y, con renovado entusiasmo, comprometimos nuestro esfuerzo en dos películas más: una basada en mi libro de cuentos "Sólo el Viento" y otra coproducida con Argentina que prometía ser un gran éxito... La primera película, filmada en escena-

rios naturales de Tierra del Fuego, sufrió el más inicuo de los finales. Su director, que tenía mucho más temperamento que cordura, por una disputa con sus compañeros de trabajo, resolvió mutilar con un clavo los negativos del film que ya estaba en proceso de armado. La otra, que se filmó en Buenos Aires y en la cual uno de los actores era mi amigo Jaime Celedón, una vez terminada quedó para siempre inédita. La censura argentina la condenó en términos inquisitoriales para toda la eternidad. Pero mi combinación explosiva de asturiano-vasco, sumada a mi optimismo andaluz, pese a todas estas advertencias del destino, me puso de nuevo en campaña. De ahí surgió la idea de hacer "La Araucana", en coproducción con Italia y Francia, que fue el mayor despliegue técnico, de recursos humanos y económicos que se ha realizado en Chile en materia cinematográfica. Desgraciadamente los resultados también tuve que cargarlos, en mi ya sobregirada cuenta de la experiencia.

Como broche final a toda esta actividad cinematográfica, está el caso de "Se llamaba Bolívar", mi biografía novelada del Libertador, que fuera adquirida para hacer una superproducción por el cineasta internacional Dino De Laurentiis.

El fracaso en materia fílmica fue total, pues nunca llegó a realizarse y, sin embargo, de él se derivaron dos consecuencias, una de carácter personal y otra de tipo económico, que tradujeron ese fracaso en el más impensado de los éxitos. Gracias al contrato firmado con De Laurentiis, viví un año en Roma, a cuerpo de príncipe,

ya que el productor me había instalado en un departamento de la calle San Teodoro N^o 28 que pertenecía nada menos que al verdadero príncipe Borghesse. Allí, entre las argucias y promesas de don Dino De Laurentiis, trabé amistad con las más rutilantes estrellas del cine italiano y europeo. Los directores, Latuada que por entonces dirigía un film histórico de la época de Catalina de Rusia; Mario Monicelli, famoso director de "Los desconocidos de siempre"; Ennio de Concinni, de "Europa de noche". Pero el que más me impresionó por su genio filmico y su extraña y compleja personalidad, fue Federico Fellini. En cuanto a actores y actrices, en mi casa nos reímos con Sordi, bebimos con Van Eflin y con George Sanders; nos encogimos ante Charlton Heston, que hacía el Ben-Hur sin poder moderar su gigantesca talla de cowboy; nos ensombrecimos con el taciturno Vittorio Gassman... Y para qué hablar de lo que nos deslumbramos con las estrellas como la enigmática Silvana Mangano, la espigada Elsa Martinelli, la rebosante Gina Lollobrigida y la desbordada Anita Ekberg... y todos ellos animando el mundo de "la dolce vita" que poco después, con tanta maestría pintara Fellini.

Recuerdos hechos para olvidar, pero que animan a veces con una sonrisa en los años en que, por razón o por obligado sosiego, estas frivolidades ya nos parecen tan lejanas como ajenas...

La otra dádiva que recibí del frustrado intento con De Laurentiis, fue que al final, pese a todas sus reiteradas promesas y públicas declaraciones, y de los compro-

misos adquiridos, terminó por no respetar el contrato y no hacer la película. Ahí el joven escritor sudamericano se puso serio, olvidó los devaneos romanos, y le entabló un pleito que llegó hasta la Corte Suprema de los Estados Unidos. Resultado final, fue que don Dino De Laurentiis tuvo que pagar los derechos de autor como si se hubiese realizado la superproducción.

Mas Roma no es sólo una feria de vanidades. A pocas cuabras de la habilidosa tramoya de cotillón de Cinecité, abre sus brazos de mármol la Plaza de San Pedro... En esos días de mi recordada permanencia en la ciudad eterna, el ágora santa se iluminó con los ojos de millones de creyentes.

Había muerto Pío XII.

Confundido entre la multitud emocionada y reverente, mis ojos vieron surgir la "fumata bianca", humo que voló hacia lo alto como una paloma, para proclamar "Urbi et Orbi", la ascensión al pontificado de Angelo Roncalli, el cardenal arzobispo de Venecia, con el nombre de Juan XXIII.

Fueron días que vivimos inmersos en la atmósfera que circunda la tradición milenaria del papado.

Hubo que remozar conocimientos, imbuirse del sentido profundo y trascendente de la historia de la Iglesia; prepararse cultural y espiritualmente para participar de un acontecimiento que desde sus inicios, prometía conmover las bases que fueran la expresión ancestral de los ritos y conceptos del catolicismo.

La vigilia que precedió la elección del nuevo Papa

fue ocasión señalada para meditar, para serenarse... Para rellenar el alma de nueva luz.

La "bella Italia" —cautivadora y veleidosa— me brindaba así, con estos pensamientos, imágenes y sensaciones, algo más para el recuerdo, ¡que no se podía olvidar!

Otro campo en el cual me ha tocado actuar con asiduidad ha sido el de la oratoria. Tanto política, como parlamentaria y cultural. He tenido que afrontar los públicos en las más diversas circunstancias y lugares. He hablado en todo Chile, desde el Salón de Honor de la Universidad, hasta parado en una carreta en Chiloé o entre el hueco del follaje de un árbol en la plaza de Chol Chol. Di conferencias navegando por el Estrecho de Magallanes, en Arica, en Isla de Pascua y en el Círculo Polar Antártico; en los parlamentos de los países latinoamericanos; en Nueva York, frente a 500 representantes de las grandes empresas norteamericanas; en los salones de la Real Academia Española y, hace apenas unas pocas semanas, en el Salón Colbert del Palacio del Louvre.

No me cuesta improvisar; pero es un género ingrato, que deja poco o nada en los anales literarios y menos que nada en la memoria de los oyentes. El aplauso no es buena compañía y los que se respaldan en ese halago se apoyan en el vacío.

Lo serio, mis amigos, son los libros. Esa es la verdadera palestra del escritor. El cauce natural de su expresión. La huella permanente de su inquietud y de su tránsito.

Ya dije que mi primer libro fue "Kupen". Recogí en él lo mejor de mi espíritu y lo dediqué a mi hermano menor Jaime, porque fue él, en los últimos meses de su breve vida, quien escuchó mi primer cuento. Guiado por la estrella de su recuerdo, escribí los demás, con lo que sin saberlo, a los 24 años de mi vida, hacía votos de escritor, para consagrarme con humildad, con verdad y con valor a este difícil sacerdocio.

"Kupen" fue un libro afortunado y poco tiempo después se publicaba una segunda edición. Empujado por este triunfo inicial, escribí una breve biografía de O'Higgins con el propósito de difundir su vida y su gloria en la República Argentina. Este libro alcanzó también dos ediciones y fue prologado por el gran historiador argentino Enrique de Gandía.

La suerte estaba echada.

Había un tema que me rondaba desde siempre: el desencuentro entre la verdadera personalidad y aquella que se cree necesaria para enfrentar la vida. De la falta de correspondencia entre ambas surge indudablemente una angustiosa pugna, un drama humano.

Así nació "Fantasmas", libro de cuentos breves, pero todos enlazados por el tema común. Fue publicado por la editorial Emecé y fue causal de otra experiencia que, como las anteriores, constituyen parte de mi más rico patrimonio. Presenté el libro al Concurso Municipal de la ciudad de Buenos Aires. ¡Cuál no sería mi entusiasmo e ilusión cuando supe que "Fantasmas" era el más seguro de los premios. Recuerdo que el informante fue Radaelli, un joven que había escrito unos

modestos ensayos, que se mostraba como un buen y diligente amigo. La noche en que se pronunciaba el jurado, junto con mi hermano Alfonso, y en la más grata compañía, nos disponíamos a disfrutar del seguro galardón, que encumbraba mi naciente nombre de escritor en la capital más populosa de nuestra lengua. El champaña ritual esperaba entre el hielo la hora del triunfo, para festejarlo con un sonoro estampido. Pasaron los minutos y las horas y se fueron congelando, junto con el champaña las sonrisas. Al final sonó el teléfono. Y llegó la gran noticia: el premio había sido otorgado... pero, ¡a Radaelli! Nunca he tomado un champaña más amargo. Vinieron las explicaciones: que los cuentos eran muy buenos, que estaban bien escritos, que... Pero, la verdad, la entera verdad, es que ese fue el tributo, ínfimo comparado con la grandeza y el orgullo que ello significa, que tuve que pagar por ser chileno.

Pasaron los años (no voy a decir cuántos), y los argentinos me devolvieron la mano generosamente al entregarme la distinción más honrosa que se otorga a un intelectual latinoamericano en ese país, el premio Alberdi-Sarmiento. Y por último el "Fantasmas" tampoco salió mal parado, pues Borges me lo consagró con elogiosas palabras y don Ramón Gómez de la Serna, el autor de las famosas Greguerías, me brindó espontáneamente el magnífico prólogo que enriquece la segunda edición de este libro.

Sin embargo, la desilusión me había hecho mella. Durante un tiempo no escribí una línea, convencido que había errado mi vocación. Que mis obras no merecían

el esfuerzo de su creación y que, por último, nadie me leía. Un día, en que me abrumaban estas ideas, fui invitado a almorzar por el diplomático argentino Enrique Ruiz Guiñazú, con quien me ligaba una estrecha amistad. Accedí sólo por complacerlo, ya que mi ánimo no estaba para festejos y mucho menos para compartir la mesa con escritores como me lo había anunciado. Al reunirnos me puso en frente a un hombre alto, delgado, de pelo entrecano. Era su hermano Alejandro, fino escritor y agudo crítico literario. A su personalidad de por sí atractiva, agregaba esa dimensión emocional que irradian los ciegos. Sus primeras palabras me desazonaron, pues se prodigó en elogios de esos libros que nada valían y que nadie leía. Pensé que los ciegos no tenían derecho a mentir y sentí mi postración aún más angustiosamente; pero Alejandro continuaba, y cual no sería mi sorpresa, cuando de pronto me informó que mis dos libros, "Kupen" y "Fantasmas", él los había hecho verter al sistema Braille y que eran de los más solicitados por los ciegos...

Terminé la etapa de mi vida en Argentina, con otras dos obras: una biografía de "Lincoln" y "Todo y Nada", libro que agrupa tres novelas cortas.

Radicado en Chile, y con treinta años, entregué a la editorial Zig-Zag los originales de una novela que, como los libros de imaginación anteriores, ahondaban en el problema del desencuentro psicológico entre el hombre y su medio. Hernán Díaz Arrieta (Alone), decidió su publicación en la colección de novelas de la editorial. Así nació "Lautaro Cortés".

Durante años dejé de escribir. Una serie de otras preocupaciones premiosas y apasionantes me envolvieron en su trama: la política, los negocios, los viajes. Fui diputado dos períodos, pertencí a directorios de sociedades anónimas; recorrí Europa, Oriente y América. No obstante, creo que la razón de no escribir era otra. Con la publicación de mi último libro se había cancelado una inquietud, cerrado un ciclo de mi vida literaria. Esta falta de necesidad interior de expresarme, lo llenó la vida con sus quehaceres, urgencias, sinsabores y agrados.

Sólo diez años después y como fruto precisamente de mis experiencias políticas y de mis viajes por el continente, escribí mi biografía novelada sobre Bolívar. Además de su aventura cinematográfica, el Bolívar tuvo muchas ediciones publicadas por Zig-Zag y, posteriormente, una nueva versión por la editorial Francisco de Aguirre.

Poco después, y como una deuda de gratitud con mi libro inicial "Kupen", lancé una nueva versión del mismo. Esta obra me ha deparado las mayores satisfacciones, tanto de la crítica como del público nacional e internacional. Uno de sus cuentos fue traducido al portugués y otro apareció, sorpresivamente para mí, formando parte de una antología de cuentos latinoamericanos, traducido al sueco por la editorial Nordstett de Estocolmo. El año pasado "Sólo el Viento" fue traducido al inglés por la profesora de literatura iberoamericana de la Universidad de Texas, Francis Hernández, y publicado por una editorial de ese mismo Estado. Actual-

mente se encuentra en proceso de traducción en el Brasil, realizada por el académico profesor Herberto Sales. Y por último, acabo de ser notificado de su próxima publicación en idioma japonés.

Además de todos estos libros, publiqué en 1972, "Chile vence al marxismo", que agrupa parte de mis charlas radiales de aquel entonces. Y luego, conjuntamente con otros autores, "Pensamiento Nacionalista", "Visión Crítica de Chile" y una estampa, de corte novecentista, de don Diego Portales.

Ustedes se preguntarán, luego de conocer el catálogo de mis obras publicadas, ¿en qué forma se manifiesta entonces fuera de "Kupen" y "Sólo el Viento", mi fervor por los asuntos relacionados con mi tierra natal?

En verdad, he escrito innúmeros artículos y dado muchas conferencias sobre Magallanes, Patagonia y Tierra del Fuego. Pero, aún así, cabría pensar que existe un desequilibrio entre mis tan proclamados sentimientos magallánicos y mi creación literaria. Y tienen razón. Pero sólo aparentemente. Hace más de veinte años que he venido estudiando los antecedentes que existen en más de dos mil libros sobre temas sureños; en los archivos; en diarios y revistas, para tener la información imprescindible para poder escribir lo que quiero que sea mi obra fundamental. Tengo la satisfacción de anunciarles que acabo de poner punto final a una obra que abarca toda la historia de nuestras tierras australes, desde el descubrimiento por Hernando de Magallanes hasta la primera década de este sig'o, aunque el arco

narrativo propiamente dicho se sitúa cronológicamente entre los años 1874 y 1904. Esta obra pretende ser la biografía novelada del pueblo de Punta Arenas. Está dividida en tres tomos cada uno de ellos constituye un libro separado, pero cuya trama se entrelaza con los mismos personajes, formando una unidad. El título general de la obra es "Epopéya Austral de América". El primer tomo "Principio en el Fin"; el segundo, "Tierras Malditas" y, el tercero, "Un Rey sin Corona". Cada tomo tiene una extensión de más de cuatrocientas páginas. Esta obra aparecerá a la luz pública, si Dios quiere, en el curso del año entrante.

Creo que también con esta obra, se cierra otro ciclo de mi actividad literaria. En ella vuelco los conocimientos pacientemente espigados en muchas lecturas, las informaciones que me llegaron por boca de mis padres, parientes, amigos, maestros... y de tantas personas que de algún modo, están vinculadas a la apasionante historia del lejano sur. El gran trabajo de investigación y la paciente factura de esta verdadera saga puntarenense, han consumido un esfuerzo y me han hecho asumir una responsabilidad que va más allá de aquello que se suele invertir en un libro, aunque en todos los libros, se invierta una parte del alma del autor.

Aspirar a describir una epopeya, es de por sí un desafío; pero lo es mucho más, si en ella está comprometida la propia sangre y el propio espíritu.

No sé cuál será el resultado final de esta osadía. Cada libro tiene su propio destino. Pero sí puedo asegu-

rarles que se trata de uno de los esfuerzos de creación literaria mayores a los que yo he podido aspirar y que ha constituido una verdadera obsesión de los últimos años de mi vida.

Esa es la razón que me impulsa a creer, que una vez que mi obra esté en la calle, me quedará vacío, con la mente limpia para iniciar un camino... otro camino.

Los escritores somos unos inveterados forjadores de rumbos. No sé cuál será el mío... Ni al desnudo, puedo adelantarles esta confidencia... Pienso que a lo mejor sean ustedes quienes lo sepan, ya que en estos afanes de pretender mostrarse tal cual uno es ante sus amigos, el más despistado suele ser uno mismo.

Convencido de que la labor de un escritor no puede reducirse exclusivamente a vivir encerrado en su torre de marfil, he procurado ensanchar mi quehacer por el campo de la acción cultural. Pienso que un país como el nuestro necesita para su integral desarrollo de todos los conocimientos y experiencias de los que hemos tenido la suerte de contar con una educación y una formación intelectual.

Animado de estos propósitos en dos ocasiones he formado parte del Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. Soy miembro de las Sociedades Bolivarianas del continente. Soy Director del Instituto Cultural de Providencia y del de Cultura Hispánica. Pertenezco a la Sociedad de Genealogía y al Club de Bibliófilos. En el año 1976, tuve el honor de ser incorporado a la Academia Chilena. Soy por tanto correspondiente de la

Real Academia Española, como asimismo de la Argentina de Ciencias Morales y Políticas, Presidente del Capítulo Chileno de la Academia de Puerto Rico y titular del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

Además de estas participaciones, fui nombrado Asesor Cultural de la Junta de Gobierno y desde 1977 Director de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Mis amigos:

De acuerdo a la modalidad de estos “¿Quién es quién en las letras chilenas?”, he tratado de brindar la más honesta visión de mí mismo.

Ser escritor exige entereza, ansia de saber y un desvelo continuo de perfección.

Pero eso no es todo.

Ser escritor exige también libertad absoluta de creación. Que no haya nada ni nadie que se interponga en su mensaje. No se es escritor por decreto ni mandato y, en consecuencia, su arte no admite compromisos ajenos que contraríen la indispensable premisa de ser sincero. Por ello el escritor no puede cobijarse en amparos legales ni tener como fin recompensas materiales.

El escritor es un hombre solo y en soledad hará frente a su debido quehacer; la única retribución que puede esperar a su sacrificio es la íntima satisfacción de ser auténtico.

¿Qué mágica fuerza es entonces la que mueve al escritor?

Esa que la Academia define como “la inspiración con que Dios llama a algún estado...”: ¡la vocación! Sin esa voz interior —que llama y a veces clama—,

el escritor se desalentaría ante los múltiples escollos que para expresarse con propiedad encuentra en sí y en su circunstancia.

Sin ese llamado, sin esa inclinación constante, renovada, premiosa, insaciable, ¿no existe el escritor!

Salvo rarísimas excepciones —que si bien se mira, tampoco lo son—, la vocación viene con la vida misma y se manifiesta en los primeros años. Pero una de las tareas más arduas del hombre es integrar la propia personalidad. La vocación necesita, como las plantas tiernas, un ambiente propicio para crecer y fructificar.

La reminiscencia de mis orígenes, su perspectiva a lo largo de los años; la precisa definición de la tarea hacia la cual he orientado mi existencia, me autorizan a declarar que soy un escritor comprometido; integralmente comprometido conmigo mismo, con mi tiempo, con mi tierra y con su gente; y, en consecuencia, con mi patria, con su ámbito y su destino.

Además de todo esto y de mucho más, que en la brevedad de esta confidencia no he podido expresar, existe una presencia que ha dado a mi vida un sentido, un rumbo y una dimensión interior que me capacita a aspirar a mayores logros en el ejercicio de mi vocación de escritor. Sin esa presencia, lo mejor de lo hecho habría quedado inédito, y no me alimentaría la esperanza ni la fuerza de irme perfeccionando a través de mi obra futura. Yo creo que no se puede vivir solamente para uno ni tampoco para todos. Hay que vivir para alguien. Y cuando se tiene la suerte que yo he tenido, de encontrar una maravillosa compañera de camino, los

pasos por inciertos que sean en los comienzos, se organizan para formar un camino... Es María Angélica quien me ha tocado con su gracia y me ha inspirado e inspira con su inteligente, dulce y bella compañía. Perdónenme este paréntesis tan íntimo, pero no hubiera dicho la parte fundamental de mi verdad, si no hubiera traído hasta mis labios esta gratitud que anega mi viejo corazón.

A muchos más, también debo agradecer su consejo, sus estímulos, sus críticas. No he podido cosechar un solo rencor en mi carrera literaria y en la memoria no conservo una sola cicatriz.

Mis amigos, les agradezco su paciencia. Les pido perdón por esta alargada confianza, y les ruego que no me nieguen el único mérito de estas palabras: haber sido la expresión sincera de mi verdad, es decir, de mi vida y de mis sueños.

Santiago, 6 de agosto de 1980.

EN LA SERIE

¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS CHILENAS?

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

Roque Esteban Scarpa

Miguel Arteche

Gabriela Lezaeta

Manuel Francisco Mesa Seco

Cecilia Casanova

Fernando González-Urizar

Julio Flores

Antonio Cárdenas Tabies

Jaime Quezada

Emma Jauch

Carlos Ruiz-Tagle

Alicia Morel

María Silva Ossa

Isabel Velasco

Juan Antonio Massone

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez